

LA CORRIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 24 de Febrero de 1917

AÑO XIII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 449

La Santa Cuaresma

De nuevo ha venido a llamar a los cristianos y católicos que no han olvidado su nobilísimo abolengo la Santa Madre Iglesia, recordándonos nuestros deberes de tales en el tiempo aceptable, y en los días de salud y por otro nombre tiempo de Cuaresma.

Es el tiempo destinado de un modo particular para tratar los negocios del alma: es el tiempo dedicado a hacer un examen o balance del negocio más esencial; es la época consagrada al robustecimiento de la salud espiritual, más o menos quebrantada con el ajetreo y el *mare-mágnum* de la ruda labor del trabajo diario, de las preocupaciones mil inherentes a la lucha por la existencia, por no mencionar a tantos y tantos cristianos víctimas de los ilusorios placeres mundanos o de las aviesas pasiones del corazón.

Tres pensamientos nos salen al encuentro, tres palabras encierran el contenido de lo que debe constituir la preocupación del fiel cristiano en este santo tiempo de Cuaresma y son a saber: *Dios, el alma y la eternidad*, o lo que es lo mismo, el origen, el ser y destino del hombre.

El ser racional que no se preocupa de la dignidad de su espíritu, de los deberes inherentes al hombre religioso, y de la suerte no lejana que le está reservada, al que mira con indiferencia estos decisivos problemas, merece la calificación de necios y aun el de digno cliente de un manicomio.

A todos los mortales incumbe este deber de preocuparse con el problema religioso, sean los más encumbrados *intelectuales*, los atareadísimos industriales o comerciantes, los orgullosos magnates, las damas encopetadas, o el humilde menestral; todos los cristianos, cualquiera que sea su condición, estado y cultura deben oír esta voz maternal de la Iglesia que es a la vez la voz de Dios, dueño absoluto de todo y de todos.

Porque más de 19 siglos hace que la religión por Dios fundada, nos viene enseñando y demostrando por el ésto de sus Doctores y Maestros, que Dios existe, que el alma es inmortal y por Dios creada, y que hay otra vida, vida sin fin en donde cada uno recibirá premio o castigo eternos conforme a sus obras, como dice el Catecismo. No faltará alguien que ponga en tela de juicio y dude de la existencia de esas tres verdades. Pero sin más preámbulos puede asegurarse que estos *presumidos* incrédulos lo son por conveniencia, porque tienen interés en que no fuesen verdaderas esas verdades averiguadas y creídas hasta por los pueblos paganos y bárbaros.

Aun suponiendo que no se trafase de dogmas constantes, fundadísimos y altamente consoladores de nuestra Religión, (y aun de las falsas y de todo el género humano), bastaría que fuesen puntos discutibles y aun dudosos, todavía en esta hipótesis absurda, la cordura, la más elemental prudencia ordenarían no dar un paso hacia adelante en el camino de la vida sin adquirir plena y previa convicción de la realidad y certidumbre de esas fundamentales verdades. De otro modo equivaldría a marchar adelante con los ojos vendados por la pasión, y dejar al azar, como cosa de juego, aquello de que pende un tremendo porvenir y la suerte feliz o infeliz por siempre jamás.

¿Quién lo creyera? El católico es más positivista que el incrédulo; al creer aquél en Dios y cumplir su ley y la de su Iglesia, al guardar su alma, al prepararse para la eternidad, obra con seguridad y no se expone a caer en el abismo que le anuncian con vocerío estentóreo tantísimos sabios, tantísimos santos, tantísimos hombres que han estudiado a fondo estos problemas de vida o muerte. *Por si acaso*, aunque él no haya penetrado tan a fondo en esos

temas, cree a los *especialistas* como lo hace en Medicina y en las demás ciencias; y así se cura en salud, no tendrá que lamentarse por eternidad de eternidades de haberse equivocado y cumple el elementalísimo deber de que más vale prevenir que evitar lo que ya no tiene remedio.

Templanza

Moderarse en los excesos de comer y de beber, es reglamentar la vida es conservarse y es mandar a la voluntad estudiar y comprender la pauta que nos señala nuestro vital interés: que de la propia existencia es el más firme sostén.

Comer, si para vivir.
no, vivir para comer, y con eso los efectos los tocamos después cuando a nuestra puerta llamen la pobreza o la vejez y nos vean sonrientes conservados a placer y diciendo a voz en grito, que la costumbre hace ley y la ley es la templanza del que la quiere entender.

V. G. O.

El voto de la máscara

Después de armar un belén espantoso en todos los armarios y cajones, donde guardaba los costosísimos auxiliares de su vanidad, Lolita consiguió al fin ver reunidos los innumerables trapos y faldas que componían su traje de máscara en las últimas Carnestolendas.

Allí, encima del monísimo velador de caoba, descansaban los ajados perifoneos, desde el extravagante sombrero, que parecía una sopera abollada hasta los menudos borceguines de raso azul.

Si las amigas de Lolita la llegan a espíar en aquella coyuntura por el ojo de la llave, la hubiesen creído atareada en preparar de nuevo su disfraz.

Pero nosotros, que hemos sondeado el corazón de la joven y atisbado sus más secretos designios, vamos a revelar el verdadero móvil de aquél traje.

Hace casi un año, Lolita, no rebotante de salud como ahora, sintió tembloroso el cuerpo y encendido en alta calentura, despojándose, en este mismo gabinete, de las ridículas galas que en enmarañado revoltijo yacen, encima del velador.

Fue en la penúltima noche del Carnes-

val. Un fresco vienteillo, que volaba a sus anchas por las solitarias calles, acarició traidoramente el nada abrigado y muy zarandeado cuerpo de Lolita durante los pocos segundos que ella tardó en pasar desde la caldeada atmósfera del salón de baile a los tibios cojines del automóvil, que rezongaba junto a la puerta del casino.

Cuando Lolita se metía en el lecho sin atreverse a dirigir la vista al Crucifijo, ni al precioso cuadro de la Virgen de los Dolores, que hermoseaban las paredes de la alcoba, ni siquiera a mojar su dedo en la pila del agua bendita, por miedo de profanarla, ya sentía una fuerte opresión en las sienes y agudas punzadas en los costados.

¿Y qué sueños tan terroríficos los que atormentaron su fantasía en aquella siniestra noche. Sintió que la circunvalaba un enjambre de demonios, disfrazados con rojas vestiduras. Veía sus cuernos, mal disimulados por las enroscadas cabelleras, sofocaba y hacía toser el vaho pestilente que despedían sus cuerpos corrompidos. Sintió por fin que la alzaban en vilo las infernales máscaras, y que hincándole en los costados sus corvas uñas, la arrojaban en un automóvil de fuego.

Después se halló tendida en la cama. El Crucifijo y la Dolorosa habían ocultado tras sendas cortinas sus rostros dulces y lastimeros. Un ángel de mirada severa defendía el agua bendita. Los demonios habían asaltado el gabinete. Unos, dando espeluznantes alaridos, danzaban en torno de la butaca donde Lolita había dejado su disfraz; otros, haciendo horribles muecas y contorsiones, le asestaban ferozmente sus ojos llameantes, la amenazaban con los dientes y las uñas, y enviábanle bocanadas de aquél aliento emponzoñado, que la seguía provocando a una tos angustiosa y persistente.

—Alejaré a esos monstruos con agua bendita— discurrió.— Mas al extender el brazo para alcanzarla, impidiésole un gesto airado del ángel. Lolita, advirtiendo que los demonios, envalentonados, se abalanzaban ya sobre ella, tapóse la cara lanzando un chillido, y despertó....

Horas más tarde, el médico, después de reconocerla, declaró el caso peligroso: una pulmonía....

Agravóse la enferma de tal suerte, que hubo que administrarle los últimos Sacramentos. Pero aquella dolencia del cuerpo obró como trampa para el espíritu. En un período de lucidez, Lolita hizo este ferviente voto a la Virgen de los Dolores: si recobraba la salud, costearía, con una suma igual a la que gastó en su traje de máscara, las funciones de desagravio que la iglesia